

Capítulo 1

Londres, junio de 1763

Las puertas del club Savoir Faire se abrieron arrojando un rastro de luz a la calle en medianoche, provocando una repentina agitación entre los sirvientes que hacían tiempo en el exterior. Unos cuantos mozalbetes con antorchas se adelantaron corriendo y sus hachas flamearon para ofrecer luz a los caballeros en su camino a casa. No obstante, un estático lacayo hizo sonar un silbato, y desde uno de los carruajes alineados en la calle llegó una respuesta aguda. Los farolillos del carruaje se encendieron al instante, y se pudo ver cómo un mozo retiraba los morrales de los dos caballos.

El lacayo de librea se volvió para asegurarse de que los cargantes mozalbetes no molestaban a su señor, el gran marqués de Rothgar, y su medio hermano, su señoría lord Bryght Malloren. Con un par de comentarios desvergonzados, los muchachos se dispersaron de vuelta a una partida de dados que había quedado abandonada en las sombras.

Pese al refinado encaje que relumbraba pálidamente en sus gargantas y muñecas, y el destello fulgurante de las joyas, el marqués y su hermano no necesitaban protección. Ambos llevaban espadas cortas, enfundadas en vainas doradas con cintas ornamentales que no las hacían menos letales, especialmente en manos de ellos.

Los dos charlaban mientras esperaban a que el carruaje se detuviera delante de ellos. Entonces las puertas del selecto club volvieron a abrirse y un nuevo grupo surgió entre risas, con uno de sus integrantes cantando con voz muy desafinada.

En ese momento cambió de canción:

*Pues la castidad es un noble estado,
Lástima que no dure, ¿eh?
La dama sí que ha protestado,
Pero el caballero estaba desnudo, ¡eh!*

Los dos hermanos se volvieron, sus espadas desenvainadas con un siseo.

—Creo —dijo el marqués en voz baja— que esa canción pasó de moda hace casi dos años. ¿Os disculparéis, claro está, por ir tan desfado, señor?

La canción era una de las tonadas groseras que habían circulado por la ciudad cuando lady Chastity Ware fue descubierta en su cama con un hombre desnudo. La joven había declarado su inocencia, pero fue necesaria la intervención de los Malloren para demostrarlo y que volviera a ser aceptada en sociedad. Chastity era ahora la esposa del medio hermano más joven del marqués, lord Cynric, ahora lord Raymore.

El hombre rubio que había cantado, trastornado tal vez por la bebida, hizo un gesto despectivo a las espadas.

—Que me caiga muerto antes que disculparme. Un hombre puede cantar si quiere.

—¡Esa canción, no! —replicó bruscamente lord Bryght, moviendo la punta de su hoja para tocar la garganta del hombre. El cantante no se amedrentó, pero sus compañeros retrocedieron con expresión de no dar crédito a lo que estaba sucediendo.

El marqués empleó la punta de su hoja para apartar la de su hermano.

—No tendremos disputas callejeras, Bryght, o asesinatos. —Echó una ojeada al insolente cantante—. ¿Vuestro nombre, señor?

La mayoría de los hombres de Londres se acobardarían ante el tono gélido del hombre al que muchos llamabas el Marqués Siniestro, sin embargo, éste sólo mostró más desdén.

—Curry, milord. Sir Andrew Curry.

—Entonces, sir Andrew, os disculparéis por cantar desafinado.

Las ventanas de la nariz del hombre se agitaron, pero la expresión de mofa continuó allí.

—No me digáis que seguís intentando lanzar flores a la pila del estiércol, milord marqués. La riqueza y el poder lo permiten, pero el hedor siempre perdurará.

—Especialmente el de un cadáver —señaló el marqués—. Me temo que tendremos que batirnos, sir Andrew. ¿Vuestro padrino?

En vez de mostrar alarma, Curry sonrió.

—¿Giller?

Uno de sus secuaces, excesivamente engalanado y con nariz respingona, pareció tragar saliva, pero dijo:

—Por supuesto, Curry. A vuestro servicio.

—Lord Bryght actuará en mi representación —dijo el marqués—. Pero sin duda nos pondremos de acuerdo en los detalles. ¿Armas?

—¿Espadas?

—Espadas a las nueve, entonces, en el estanque del parque de St. James. Ése tan popular entre los suicidas. —Tras enfundar la espada, Rothgar subió a su carruaje coronado.

Lord Bryght enfundó su propia espada, inquieto por el buen humor de Curry.

—¿Giller? Haceros a un lado conmigo, por favor.

—¿Por qué? —preguntó el hombre regordete, lleno de alarma.

—Porque sois mi padrino, cabeza de chorlito —le aclaró Curry—. Es evidente que lord Bryght es meticuloso con esas cosas. Id a asegurarle que no me disculparé.

Giller avanzó trastabillando sobre sus tacones altos, con aspecto de temer ser atravesado.

Bryght dijo:

—Es nuestro deber, señor Giller...

—Sir Parkwood Giller, milord.

—Mis disculpas, sir Parkwood. Es nuestro deber intentar procurar una reconciliación. Hablad con sir Andrew y, si cambia de idea, contactad conmigo en la mansión Malloren, Marlborough Square.

—¡Cambiar de idea! —declaró Giller—. ¿Curry? No creo. Intentad más bien convencer al marqués de que evite su suicidio. —Se dio media vuelta, con la nariz al aire, y volvió a trompicones junto a sus amigos.

De modo que era lo que suponía. Curry era un duelista profesional.

Bryght subió al carruaje y éste se puso en marcha, pero tras ellos, los cánticos volvieron a iniciarse. Bryght maldijo, pero su hermano le puso una mano en el brazo.

—Mañana se solventará de la manera apropiada, Bryght.

—¿La manera apropiada? ¿Por qué diablos te enfrentas a un hombre como ése? Podías haberle dado su merecido por cantar esa canción y nadie habría puesto reparos.

—¿Crees que no? Esto no es la Francia autocrática, y además, parecía decidido a buscar un duelo.

—Normalmente no eres tan complaciente con quienes lo buscan —respondió Bryght bruscamente, pues aquello tenía que ver con una cuestión para la cual había venido a Londres. No obstante, ahora, decididamente, no era el momento. Si su hermano se lo tomaba mal, pondría fin a la cuestión de forma tajante.

Rothgar esbozó una leve sonrisa bajo la luz vacilante de la lámpara del carruaje.

—Habría resultado difícil evitar el duelo, Bryght, y siento curiosidad por saber quién me quiere muerto.

Bryght miró a su hermano.

—¿De modo que ya conoces la reputación de este hombre?

—Un camorrista y probablemente un tramposo que se sale con la suya por el miedo de la gente a su habilidad con la espada. Necesita una lección.

—Pero, ¿por qué tienes que dársela tú? —Rothgar era bueno, realmente bueno, pero siempre había alguien mejor. Inculcó aquella lección a sus medio hermanos pequeños como preparación para salir al mundo.

Rothgar no contestó, y Bryght recordó lo que su hermano acababa de decir.

—¿Crees que es un asesino a sueldo? Al diablo, Bey, ¿quién te querría muerto?

Rothgar dedicó a su hermano una de sus miradas engañosamente apacibles.

—¿Crees que no merezco odio y temor?

Bryght se rió —Rothgar conseguía a menudo ese efecto en él—, pero replicó:

—No conseguiré que el duelo sea un asunto mortal. Los duelos mortales pueden llevar a un hombre a prisión en estos días.

—¿Y qué otra cosa puede importar en este caso? Y él es exactamente el tipo de granuja desarraigado al que no le importa huir a Francia, especialmente si lleva consigo una buena bolsa de dinero ensangrentado para consolarse.

—¿El dinero de quién?

—Ésa es una pregunta interesante. No soy consciente de ningún enemigo capaz de llegar a tanto. Lo cual ciertamente es bastante deshonroso. Sin duda, la pasión de los enemigos de uno debería calibrar la altura de sus triunfos.

—Probablemente tienes enemigos que ni siquiera conoces. —El ánimo casi juguetón de Rothgar estaba irritando a Bryght—. El problema de ser el «Marqués Siniestro» y la *éminence noire* de Inglaterra es que resulta muy fácil que cualquiera te haga culpable de sus desgracias.

Rothgar se rió.

—¿Como una bruja de pueblo llena de berrugas? ¿A la que la gente sencilla culpa por cada niño deformado u oveja que muere repentinamente?

Bryght tuvo que reírse también, ya que era difícil imaginarse una representación más improbable de su elegante y sofisticado hermano. No obstante, mientras el coche se paraba ante el patio de la mansión Malloren, el humor decayó. ¿De verdad alguien quería ver muerto a su hermano?

Tras una noche inquieta, a la mañana siguiente, Bryght se planteaba todavía esa pregunta cuando el carruaje de ambos llegó a la zona del parque de St. James cercana al reluciente estanque.

—¡Por todos los demonios! ¿Por qué hay tanta gente aquí? Es un duelo, no una actuación teatral.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó Rothgar con sequedad mientras descendía del coche. Bryght no podía saber si su hermano había dormido bien, pero éste mantenía su aspecto normal y calmado.

Bryght descendió y miró fijamente a la multitud. La mayor parte de la sociedad londinense parecía estar aquí; al menos la parte masculina. Tras el círculo elegante de personas con encajes y galones, se agrupaban los rangos inferiores, estirándose para intentar ver. Algunos, maldición, llevaban niños a los hombros, y había unos cuantos hombres, mujeres y niños que ya se habían subido a los árboles próximos. En la distancia, la gente se agolpaba en las ventanas de las casas que daban al parque. Los destellos que reflejaban la luz del sol le comunicaron que algunos tenían telescopios.

Aunque todo lo que hacía su hermano provocaba gran excitación popular, esto era por completo impropio de un duelo de honor.

¿Quién demontre habría alertado a todo el mundo? Casi convertía el duelo en una pantomima.

Entonces Bryght divisó a lord Selwyn delante de la multitud. Selwyn sentía una morbosa debilidad por las ejecuciones públicas y viajaba a Europa para poder contemplar las más horripilantes. No se habría levantado temprano para presenciar una pantomima.

Selwyn, como mínimo, esperaba disfrutar hoy de alguna muerte en este escenario.

Bryght se percató de que él mismo estaba mirando a su alrededor de manera demasiado reveladora. Se obligó a relajarse, sacó una caja de plata y extrajo un pellizco de rapé. Aunque al casarse había abandonado los juegos londinenses para trasladarse al campo, no había olvidado las reglas. Uno no daba muestras de temor, ni tan siquiera de preocupación por la seguridad personal. Rara vez en privado. En público jamás.

Si no, como sucede en el mundo animal, eres rechazado.

Volvió su atención al oponente de Rothgar. Curry ya estaba en camisa y pantalones, y mostraba un cuerpo delgado y fuerte como una trenza de látigo. Su altura y envergadura debían de ser similares a las de su hermano.

Bryght deseó terriblemente que Cyn estuviera aquí. Pese a la falta de altura, Cyn tenía ese algo adicional, ese instinto y reflejo que hacían al genuino espadachín. Posiblemente era incluso mejor que Rothgar. Hasta podría decirse que esta pelea era de Cyn, puesto que el insulto había ido dirigido a su mujer.

Curry tomó el estoque que sostenía un asistente para empezar a practicar pases y estocadas.

—Maldición —murmuró Bryght—. Es zurdo.

—Una ventaja verdaderamente siniestra —comentó Rothgar mientras su asistente personal le quitaba la casaca—. Lo sé.

Era una especie de reprimenda. Por supuesto, Rothgar lo sabía. Su hermano jamás mantenía ni el más insignificante encuentro casual sin investigación previa. Entre la noche pasada y ahora sin duda habría descubierto cuántos chinches tenía Curry en la cama.

—Como pensé, es bueno —dijo Rothgar mientras su asistente le libraba del largo chaleco—. Se ha enfrentado en tres duelos en Inglaterra y los ha ganado todos, dejando a sus contrarios con heridas feas pero no letales. Dicen los rumores que ha matado a dos hombres en Francia.

Bryght recurrió a su formación para actuar del mismo modo despreocupado que su hermano, pero una inquietud verdadera le sacudía interiormente. Rothgar practicaba con regularidad con un maestro, y había insistido en que todos sus hermanos hicieran lo mismo, precisamente como protección contra esta clase de incidentes. Una excusa fraudulenta para un duelo.

Pero, ¿sería su hermano lo bastante bueno?

Fettler, el asistente personal del marqués, estaba doblando calmadamente la casaca y el chaleco que él se había quitado. El lacayo de librea que sostenía la funda dorada con incrustaciones del estoque de su señor no parecía alarmado. Estaba claro que Rothgar, a ojos de sus criados, ya era el vencedor. Bryght deseó disponer de aquella seguridad ignorante. Ningún enfrentamiento entre espadachines avezados era certero.

Rothgar se volvió a él.

—Vamos. Cumple con tus funciones secundarias.

—¿Cuáles son las primarias?

Su hermano hizo girar su sello de rubí para sacárselo y a continuación se lo pasó.

—Asumir mis responsabilidades si las cosas se tuercen. —Con una leve sonrisa, añadió—: Reza, querido mío, por mi victoria.

—No seas tan estúpido, pardiez.

—¿Ansías el marquesado?

—Sabes que no. Quería decir que, por supuesto, rezo por tu victoria.

—Pero dudo mucho que alguna de nuestras voces sea escuchada por los ángeles. Entonces, adelante, y haz un último intento de firmar la paz.

—¿Hay alguna posibilidad de que aceptes?

Rothgar estaba metiéndose los volantes de encaje por dentro del puño.

—¡Pero, por supuesto! ¿Me crees un animal? Si ese rufián se arrastra hasta aquí de rodillas rogando perdón, podrá huir ileso al exilio.

Aunque Bryght habría establecido exactamente las mismas condiciones, sintió ganas de entornar los ojos mientras caminaba un tramo entre los dos grupos y esperaba. La posibilidad de una disculpa era inexistente, pero uno siempre tenía que dar los pasos correctos.

Sir Parkwood Giller se adelantó con aire afectado para reunirse con él, disfrutando claramente de su papel protagonista en este drama popular. Incluso sacó un pañuelo llamativo, ribeteado de encaje, para sacudirlo al aire mientras hacía una inclinación demasiado baja en medio de una nube nauseabunda de perfume barato.

—¡Milord!

Bryght ocultó su disgusto con la más leve de las inclinaciones.

—Vengo a preguntaros si vuestro delegado se ha percatado de su error.

—¡Error! —El pañuelo volvió a flotar. Tal vez constituyera un

arma secreta—. Cáspita, no, milord. Pero si el marqués comprende que su ofensa estaba fuera de lugar...

—Bromeáis.

—En absoluto. Todo el mundo sabe...

—Giller, los días en que los padrinos se enzarzaban también en combate han quedado atrás, pero os complaceré si insistís. Pañuelos a veinte pasos. No, mejor treinta.

El color blanco apareció en los ojos de Giller, o más bien, para ser precisos, un rosa inyectado en sangre.

—No... en absoluto, milord. ¡Podéis estar tranquilo!

—Qué inteligente. —Bryght expresó entonces los términos de su hermano, ante los cuales la nariz chata de Giller se estrechó. El hombre se puso tieso con gesto de agravio.

—¡Entonces que el duelo continúe, milord!

—Es vuestro deber transmitir las condiciones a vuestro delegado, como yo transmitiré las de Curry al mío. —Con una brusca inclinación, Bryght regresó junto a su hermano.

—Aceptación completa de que Chastity es una ramera, por supuesto.

Rothgar, que estaba calentando y distendiendo sus músculos, ni siquiera contestó. Bryght no dijo nada más, pues sabía que su hermano tenía su propia manera de prepararse y concentrarse mentalmente antes del esgrima. Era algo que no había sido capaz de lograr con la misma eficacia. Lo cual era sin duda el motivo de que Rothgar y Cyn siempre acabaran derrotándole.

Si pensaba en ello, el valentón Cyn tampoco parecía hacer mucha preparación mental antes de una disputa. Con él era el puro talento del rayo. Bryght deseó otra vez que Cyn estuviera aquí. Habría hecho rodajas a Curry y disfrutado de cada minuto. Seis años de soldado le habían endurecido de forma destacable a la hora de enfrentarse a la muerte.

Todo el mundo estaba esperando entonces a que Rothgar indicara que estaba listo. Bryght ciertamente no quería darle prisas, pero tenía ganas de que procedieran, que acabaran con aquello. Por supuesto, era bastante probable que este retraso estuviera ideado para desequilibrar a Curry. El hombre ya había detenido sus ejercicios y había empezado a marchar adelante y atrás con obvia impaciencia, actuando para la multitud.

La multitud, aunque inquieta, no daba muestras de hacer costado a Curry. Cuando rondaba la muerte, la impaciencia no estaba bien vista.

Rothgar hizo una pausa, como si considerara el momento, luego se estiró, dedicó a Bryght una de sus poco habituales sonrisas y se encaminó al centro del espacio.

Dios, sí que estaba magnífico.

Siempre se movía con gracia fluida, pero antes de la esgrima cambiaba ligeramente, como si el equilibrio de todo su cuerpo se desplazara una fracción letal. Por supuesto, se había quitado sus zapatos de tacón, pero, además, había dejado la gracia estudiada del cortesano para desatar la belleza del predador que escondía debajo.

Alto, de hombros anchos, delgado y musculoso: la verdad ya no quedaba disimulada bajo la elegancia y el artificio del noble vestido a la moda. Un mutismo se apoderó de la multitud, y Bryght supo que era algo más que la anticipación del duelo. Era admiración reverente.

Todo el mundo estaba familiarizado con el aristócrata que tanta influencia ejercía en Inglaterra sin ocupar ningún cargo político. No obstante, eran pocos los que habían visto con anterioridad qué había bajo los modales, el ingenio y la seda.

Bryght se preguntó si la renuencia de Rothgar a participar en duelos se debería a algo más que el simple hecho de que tenía cosas mejores que hacer. Tal vez no le agradaba dejar al descubierto esta capa adicional de poder. En estos momentos se hacía evidente en su fuerte cuerpo y rasgos delgados, inmóviles y concentrados en su mortal oponente.

Curry no pareció percibir el cambio. Con un enojo audible, avanzó con seguridad para reunirse con su oponente, y sólo entonces adoptó la postura del floretista, y una versión bastante rígida.

Bryght se relajó levemente. Tal vez no estuvieran igualados después de todo.

No exactamente. Desde el primer choque ligero de las espadas, Curry también cambió, y estaba claro que su reputación era merecida. Era más temerario que científico, pero era fuerte, rápido y experimentado, y tenía esa ventaja de ser zurdo. Incluso poseía algo de esa chispa mágica que llevaba la esgrima más allá de la velocidad y la mecánica, un sentido especial que le hacía capaz de evitar lo inevitable y aprovechar el menor desliz.

Las hojas ligeras pero letales resonaban y resbalaban, los pies calzados con medias pisaban sordamente la flexible hierba hacia adelante y atrás, cuerpos ágiles se flexionaban y doblaban, se recuperaban, se estiraban, se contraían, se abalanzaban...

Las hojas atacantes eran repelidas, pero no siempre sin contacto.

Enseguida, pese al fresco aire de la mañana, los dos hombres estuvieron sudando profusamente, con el pelo ondeante, desatado de las cintas. Las camisas de ambos estaban marcadas de cortes rojos. No eran más que rasguños por el momento, pero el corazón de Bryght latía aceleradamente, como debía de hacerlo el de su hermano. Maldición, por poco. Un desliz podía zanjar el enfrentamiento, o tal vez fuera cuestión de aguante.

Los dos hombres luchaban en silencio al ritmo de la música de las cuchillas, todo concentración en la mirada y en la mano. Y en la espada: la extensión flexible de la mano, brazo y cuerpo. Pies ágiles y fuertes piernas les llevaban adelante y atrás a una velocidad letal. Los dos debían de saber que la contienda estaba igualada, pues ahora arriesgaban más, buscando desequilibrar al oponente.

Curry embistió por arriba para forzar un quite dificultoso, que de todos ocasionó un corte con la punta en el hombro de Rothgar. Curry tenía dispuesta ya una segunda estocada esta vez al corazón, pero por algún milagro, Rothgar mantuvo el equilibrio y apartó bien lejos la espada con un golpe.

Ambos hombres retrocedieron, jadeando y chorreando sudor, luego volvieron a abalanzarse hacia delante. Aquello no podía durar mucho más. Luego, Rothgar rechazó otra estocada inteligente y se estiró, se estiró casi más allá de la fuerza y el equilibrio, hasta que la punta de su estoque penetró en el pecho de Curry justo debajo del esternón. No con suficiente profundidad como para matar. Ni siquiera lo bastante profundo como para que la herida fuera seria. Pero el instinto hizo que el hombre se tambaleara hacia atrás, conmocionado, con la mano en la herida, y la multitud soltó un resuello.

Pensando, tal vez, que le había matado.

Tal vez él pensara lo mismo.

Con un suave latigazo, Rothgar le picó en el muslo provocando que la sangre corriera libremente. Curry intentó recomponerse, recuperar su equilibrio y control, pero la espada de Rothgar pasó rozando una confusa defensa del corazón y perforó en profundidad el hombro izquierdo.

La herida mutiladora. Curry viviría, pero, a menos que tuviera mucha, mucha suerte, no volvería a usar nunca más la espada con su brazo izquierdo.

Bryght se percató de que había dejado de respirar y tomó aire. Alrededor de él, los vítores y aplausos volvían todo aquello tan absurdo como una escena popular en la ópera.

Curry, había que reconocérselo, cogió con su mano derecha la espada caída e intentó continuar, pero Rothgar le desarmó con unos pocos movimientos. Su espada finalmente descansó en el pecho agitado del hombre, colocada con intención sobre la leve herida. Aún aspirando aire, dijo:

—Doy por supuesto que ahora estáis... decidido a cantar canciones puestas al día y afinadas.

La rabia llameó en los ojos de Curry, la rabia de quien nunca ha sido derrotado, de quien se considera invulnerable, y en cierto modo sigue pensándolo.

—Al infierno las canciones. Lady Chastity Ware era una puta y aún es...

Murió, con su corazón atravesado, antes de que pudiera vomitar más inmundicia.

Capítulo 2

Rothgar extrajo su espada y el doctor se adelantó, sin demasiada prisa, para confirmar que aquello había concluido. Ninguno de los sobrecogidos amigos de Curry mostró intención alguna de reunirse en torno al cadáver para llorarle y, de pronto, como una bandada de pájaros liberada de sus jaulas, el gentío se puso a charlar.

Rothgar miró al público que le rodeaba.

—Señores —dijo, consiguiendo al instante silencio y atención—, como habréis comprobado, sir Andrew Curry intentó comprometer el nombre de una dama, ofendiendo de este modo no sólo el honor de mi familia, sino el de nuestro gracioso monarca y su esposa. El rey y la reina han aceptado a lady Raymore en la corte como mujer de virtud. La sabiduría y juicio de nuestras majestades no pueden cuestionarse.

Tras un primer momento de conmoción, crecieron los murmullos de apoyo, salpicados de gritos de «¡Sí!», «¡Dios salve al rey!» y «¡El diablo se lo lleve por pensar así!». Los compinches de Curry compartieron rápidas miradas de pánico y se apresuraron a escabullirse.

Mientras los hombres se reunían en torno a Rothgar para felicitarle y reconstruir algunos momentos de la lucha, Bryght vio que nadie se quedaba para ocuparse de la retirada del cadáver. Se acercó al doctor con el lacayo de los Malloren y se ocupó del tema. Con suerte, el doctor Gibson o uno de sus colegas necesitarían un cadáver que despedazar. Cuando eso estuvo resuelto, Fettle estaba ya ayudando a su hermano a volverse a poner la casaca.

—¿Has pasado tantos apuros como parecía? —preguntó Bryght.

Rothgar dio un largo trago de un jarro. Sin duda era el agua pura que hacía traer a diario de un arroyo situado en las colinas de greda.

—Era bueno. Pero no pasó de la superficie.

Subieron al carruaje, con el asistente sentado frente a ellos, y el vehículo se puso en marcha de regreso a la mansión Malloren.

—¿Hay alguna herida seria?

—Sólo rasguños.

—No creo que se le ocurriera envenenar la espada.

Los labios de Rothgar se estiraron levemente.

—No seas melodramático.

—Es el tipo de cosas que una escoria como ésa sería capaz de hacer...

Pero su hermano había apoyado la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, de modo que Bryght interrumpió sus palabras. Incluso Rothgar tenía que acusar de alguna manera los efectos del peligro, del uso de la fuerza y de la muerte de alguien. Bryght consideró su propia reacción nerviosa y supo que había perdido el gusto por ese tipo de cosas. Se preguntaba si su hermano sentía lo mismo.

Cuando llegaron a la mansión Malloren, no pudo dejar de seguir a Rothgar al piso superior, hasta sus espléndidas habitaciones. Sabía que el sentido común y un tropel de sirvientes excelentes se ocuparían de él, pero tenía que seguirle. Rothgar alzó las cejas, pero no le echó mientras se quitaba la camisa echada a perder. Ciertamente sólo eran cortes leves y rasguños. El peor era el tajo de la espalda, y ése no era profundo.

El cerebro de Bryght volvió a ponerse en funcionamiento.

—De modo que —dijo—, ¿crees que se trataba de un hombre atolondrado, o más bien de un complot?

Su hermano, vestido sólo con calzones, se estaba lavando.

—Si se trataba de un complot, supongo que volverán a intentarlo. Será instructivo ver cómo lo hacen.

—¿Otra vez? Pero, qué diantres, no puedes esperar al siguiente ataque.

—¿Cómo sugieres que lo impida? No es que no quiera. Pero prefiero sacar de las sombras a mi sanguinario enemigo y ocuparme de él. —Rothgar se secó con la toalla y dio órdenes tajantes en lo referente a vendas y ropas—. A ti te interesan las matemáticas. Un punto no nos dice nada. Tres deberían señalar el origen.

—La siguiente ocasión, tal vez haya veneno, o una pistola en la oscuridad.

Rothgar se sentó para que su barbero pudiera colocarle la venda en la espalda.

—Hago lo que puedo para protegerme de ese tipo de cosas.

—Aun así...

—¡Que el cielo me proteja de los nuevos padres de familia!

—Rothgar se volvió bruscamente hacia su hermano—. No encuentro otra explicación a tantas protestas. Nada ha cambiado especialmente, Bryght. Excepto tú.

El barbero se desplazó pacientemente para trabajar desde un nuevo ángulo.

Al infierno con todo, pensó Bryght. Plantearía ahora la discusión que pretendía.

—Mis circunstancias han cambiado —dijo al tiempo que pasaba otra vez a su hermano el selló de rubí—. Puesto que he encontrado el bienestar del hogar, tiemblo ante la perspectiva de tener que asumir tus responsabilidades.

—Haré lo posible para librarte de ese destino hasta que seas lo bastante viejo como para que pueda importarte.

—¿También puedes librarle a Francis?

Se estaba refiriendo a su hijo. Durante una pausa reveladora, Rothgar se concentró en volver a deslizarse el anillo en su mano derecha, y luego en flexionar su espalda vendada hasta que asintió con aprobación. Tras un murmullo del barbero, Rothgar se volvió otra vez y el hombre empezó a afeitarle.

La mandíbula de Bryght se puso en tensión. Lo que aquí se estaba planteando era la cuestión del matrimonio —el matrimonio de Rothgar, para poder engendrar un hijo y heredero—, y su hermano le estaba previniendo que se mantuviera al margen del tema. Puesto que la madre de Rothgar se había vuelto loca, él había decidido no perpetuar aquella sangre manchada en su descendencia. Siempre se había dado por supuesto que Bryght o uno de sus hermanos, hijos de otra madre, procrearían las futuras generaciones de Malloren.

Aquel tema estaba prohibido, pero esta vez Bryght no iba a hacer caso de la advertencia. En cuanto el barbero dejó la hoja y empezó a limpiar los restos de jabón, quiso algo más:

—¿Bien?

Rothgar se levantó para ponerse la camisa y los pantalones que le ofrecieron los criados auxiliares.

—Tal vez un día el alto rango y el poder sean el deleite de tu hijo.

—¿Y si no fuera así?

—De cualquier modo, recibirá formación, supongo, para cumplir con ese deber. —El chaleco de seda gris con exquisitos bordados fue lo siguiente, y un asistente se dispuso a abrochar la larga línea de botones de plata cincelada.

Bryght estaba sudando como si, de hecho, estuviera participando en un duelo.

Durante mucho tiempo había aceptado el puesto de heredero de Rothgar. Fue educado como hijo de un marqués y aprendió de buen o mal grado muchas cosas sobre sus deberes, y Rothgar había insistido en que aprendiera más. Aunque reacio, era capaz de ocuparse de aquellas obligaciones en caso necesario.

Cuando se casó el año anterior, había aceptado que algún día su hijo mayor heredaría el marquesado. Ahora, no obstante, el heredero teórico era un niño de nueve meses con rizos cobrizos y una sonrisa encandilante. Francis, Bryght y Portia querían que creciera libre para explorar todo este excitante mundo moderno. ¿Cómo podría Francis dar forma a una vida propia, y al mismo tiempo estar listo para asumir aquellas tremendas responsabilidades mañana mismo, o el próximo año, o cuarenta años después?

O nunca.

Intolerable.

¿Pero cómo debatir la cuestión...?

Se percató de que había dejado que Rothgar se saliera con la suya. Había dejado escapar la ocasión. Tal vez le había faltado coraje, pues sabía que su hermano haría frente a cualquier presión en su matrimonio con toda la crueldad con la que se había opuesto a Curry.

El peluquero trajo una peluca gris, con el pelo recogido por detrás en una bolsa de seda también gris sujeta por una cinta negra. El fausto de los preparativos de su hermano finalmente atrajo la atención de Bryght.

—¿Dónde demonios vas?

—¿Has olvidado que es viernes?

Sí, lo había olvidado. Todos los miércoles y viernes el rey organizaba una recepción matutina. La asistencia no era precisamente obligatoria pero se esperaba que cualquier hombre importante de la corte o del gobierno asistiera si se hallaba en Londres en esos momentos. Si no lo hacía, el rey podría dar por sentado que hacía costado a una de las facciones opuestas a su política.

—¿Y pese a todo tienes intención de ir? —inquirió Bryght—. El rey seguro que está al corriente de que acabas de librar un duelo.

—Deseará comprobar mi buen estado de salud.

—Habrà allí una docena de hombres que podrán...

La mano izquierda de su hermano se alzó entonces reluciente de joyas y le hizo callar.

—La vida en el campo te está desgastando el instinto, Bryght. El rey deseará verme, y es necesario que el mundo compruebe que estoy completamente ileso e impertérrito. Aparte de esto —añadió, lanzando una ojeada a la bandeja con alfileres de corbata que le ofrecían para escoger—, los Ufton están en la ciudad y he prometido presentarles.

—¿Quiénes demonios son los Ufton?

—Poseen una pequeña finca cerca de Crowthorne. —Tocó una perla negra de forma irregular—. Gente de confianza. Sir George está enseñando a su heredero las maravillas licenciosas de Londres, sin duda del mismo modo que le enseñó lo que es la podredumbre de los cascos de los caballos, la sarna y la tierra maleada. Carruthers les está atendiendo.

Bryght abandonó sus protestas. Rothgar sería capaz, si se sintiera predispuerto, de defraudar al rey. Jamás defraudaría a los Ufton.

Hoy no defraudaría a nadie. Se estaba preparando para realizar una entrada grandiosa. El afeitado casi imperceptible sin duda era el segundo del día, y eliminaba cualquier rastro de vello oscuro como preparación para el polvo y la pintura. Esencial, por supuesto, para lograr el efecto de refinamiento de la nobleza. Aunque era lo normal para la corte, este cuidado extremo tenía hoy el propósito de recuperar el disfraz tras la exhibición anterior de fuerza letal.

Bryght pensó en Shakespeare. «El mundo entero es un escenario...» Primero la violencia del duelo, luego el artificio estudiado de la corte. Tal vez más tarde el ingenio de un salón, la magia seductora de un baile o el peligro de las mesas de juego. El mismo Bryght había interpretado estos papeles en los mismos escenarios antes de su matrimonio y había disfrutado con ello, pero siempre le faltó el arte consumado de su hermano.

—¿Has pensado en que tal vez el rey desaprube la muerte de Curry? —preguntó.

—Si desea reprenderme, hay que darle la oportunidad.

—¿Y qué si desea mandarte a la Torre? ¿Si quiere obligarte a ir a juicio?

—Eso también. De todos modos, el asunto se ha llevado correctamente, delante de muchos testigos.

—Tu estocada mortal podría considerarse poco ortodoxa.

Rothgar se volvió a Bryght.

—¿Quieres que me refugie aquí furtivamente hasta que me entere de qué piensa el rey? ¿O tal vez piensas que tendría que huir a Holanda, o incluso que me embarque con destino al Nuevo Mundo?

Expresado así, asistir a la recepción era la única vía, y había que hacerlo con toda magnificencia. Debería haberlo sabido. ¿Cuándo había hecho Rothgar un movimiento errado en una mano de este juego?

Su hermano era fascinante y admirable, pero a veces casi no parecía humano. Su atención al detalle, incluso el detalle de su atuendo para esta aparición, el hecho de que casi siempre estuviera en escena e interpretando papeles complejos, tenía que tener un precio. No era un estilo de vida deseable para un querubín risueño. Rothgar, al fin y al cabo, había sido moldeado por terribles pérdidas y exigencias.

Tal vez el oscuro acero siempre había estado ahí, pero cuatro muertes trágicas le habían convertido en el hombre que era hoy: un hombre que se había entregado a sus poderes y responsabilidades a los diecinueve años. Un hombre que había creado un pequeño imperio que ahora controlaba, quien tal vez necesitaba ese imperio y el control del mismo como protección contra los temores de la pérdida.

O como protección contra los temores de la locura.

Su madre se había vuelto loca y había asesinado a su bebé recién nacido. Rothgar, aún niño, había sido testigo impotente de aquella atrocidad. Bryght pensaba en ocasiones que la necesidad de control de su hermano era una especie de locura en sí misma. Intentaba que el mundo fuera un escenario de teatro, con él como director. O tal vez uno de los autómatas complejos que tanto le gustaban. Una máquina controlada por él; que él, y sólo él, mantuviera en funcionamiento; un mundo donde él pudiera mantener verdaderamente a raya el desastre.

Era una actuación imponente, y Rothgar hacía cosas notables por su familia y por Inglaterra, pero Bryght no deseaba que una experiencia tan severa y dolorosa convirtiera a su hijo en el igual de su hermano. Sin embargo, había dejado escabullir el tema.

Antes de que pudiera hacer acopio de valor para intentarlo de nuevo, Rothgar se metió la chaqueta entallada. La seda de discreto gris acero se ajustaba sin una sola arruga, profusamente adornada de bordados negro y plata de quince centímetros por toda la parte delantera. Fettleer alisó la seda en los hombros y espalda abajo, buscando irregularidades inexistentes. Aunque Rothgar llevaba una espada corta ornamentada, Bryght sabía que nunca lucharía con un atuendo tan res-

trictivo. No obstante, su aspecto era, sin duda por diseño, el de una hoja ornamental de acero.

Sus pantalones eran del mismo gris, igual que las medias. Se metió los zapatos negros con tacones y hebillas de plata, y escogió un pañuelo de seda nívea con encajes de seda. Finalmente, Fettleer prendió la estrella de plata de la Orden del Bath sobre su pecho izquierdo, cuya cruz central de oro era el único color en él.

Luego se volvió, y sacudiendo el pañuelo al estilo en boga, se inclinó con gracia perfecta.

Belleza y amenaza, mezcladas con precisión.

Bryght aplaudió, y los labios de su hermano se torcieron levemente. Aunque Rothgar podía interpretar a fondo su papel en este escenario, él, a diferencia de muchos, no se perdía en el artificio. Como había comentado con frecuencia a su familia, su mundo era un baile de disfraces, pero un baile en el que se decidían asuntos trascendentales.

Salieron de la habitación y un perfume sutil se trasladó con ellos. Rothgar había puesto un toque en el pañuelo, y el contraste con la sustancia barata que empapaba a aquel petimetre esta mañana casi provocaba lágrimas.

Igual que el hecho de que Bryght hubiera dejado pasar una oportunidad de oro.

—En cuanto a Francis... —dijo, pese a saber que no era un buen momento.

—¿Sí?

Esa sola palabra sonó fría como el acero, pero Bryght insistió.

—Podrás conocerle mejor, durante el viaje al norte para la boda de Brand.

—Tiemblo de deleite. —Pero Rothgar dirigió una rápida ojeada y sonrió—. Es un niño encantador, Bryght. ¿Crees que funcionarán los planes de Brand de vivir en el norte?

—Probablemente. Nunca le ha gustado la vida sofisticada.

Bryght, no obstante, era consciente de que se su hermano evitaba sus inquietudes. Esta vez más amablemente, pero con igual firmeza.

—No podrá evitarla del todo —dijo Rothgar cuando llegaban al rellano situado en lo alto de la majestuosa escalera principal—. La prima de su novia tiene una gran mansión allí. Su hogar rivaliza con Rothgar Abbey.

—¿La condesa de Arradale? Bey...

—Una formidable doncella guerrera del norte, con armas de rizos, luminosos ojos, seda, y pistolas. Y experta en todas ellas.

—Bey...

—¿Te ha contado Brand que casi le mata? Y, por supuesto, nos plantó cara a mí y a mis hombres con su pequeño ejército.

La charla ociosa como arma defensiva, esgrimida como un espadín para que Bryght no pudiera encontrar la manera de decir lo que necesitaba decir.

—Condesa por derecho propio —estaba diciendo su hermano mientras empezaban a descender por las escaleras hasta el vestíbulo espacioso—. Ejerce considerable poder, y tiene intención de conservarlo.

¡Ajá!

—No a todo el mundo le gusta el poder —intercaló Bryght con firmeza—. Bey, no quiero que Francis se vea agobiado por la responsabilidad de ser tu heredero.

Fue como si una bruma gélida descendiera sobre ellos.

—Entonces asegúrale, cuando tenga edad suficiente, que haré todo lo posible para vivir más que él.

—Ojalá te casaras, Bey.

—Ni siquiera por ti, Bryght, no.

—No existen más casos de locura en la familia de tu madre. Tal vez fuera una enfermedad, ¡un caso raro!

—Todo tiene que empezar en algún momento. Prefiero no correr el riesgo.

—¿Y mis preocupaciones no cuentan nada?

Habían alcanzado el pie de las escaleras y entonces Rothgar se volvió a él.

—Asumo todas las preocupaciones de mi familia. Una solución sería que me entregaras a tu hijo para que yo lo criara como heredero. —Bryght aún no había encontrado palabras para responder a eso cuando Rothgar continuó—: La otra es que yo muera pronto. Entonces tú serías el marqués y Francis podría crecer seguro de su futuro papel. ¿Tal vez debiera dejar que los asesinos cumplan con su trabajo?

Condenado sea su hermano, por ser un demonio tan desalmado. Más allá del amor y la amistad, esto era algo que siempre subsistía: una rivalidad y oposición que respondía a sus papeles, sus caracteres y su historia.

Bryght perseveró, aunque temía que fuera inútil.

—Podrías casarte. Corre ese riesgo.

Rothgar alzó las cejas:

—Generaciones mancilladas por ese riesgo, meramente para aho-

rrarte a ti cierta preocupación, y cierta incertidumbre a tu hijo. Creo que no. Educa a Francis para que acepte las responsabilidades que recaigan sobre sus hombros, sean las que sean. Es la única manera. Porque, por más que lo mimes, esas responsabilidades recaerán sobre él. Al menos, eso es lo que yo he aprendido.

Se dio la vuelta y aceptó la capa y el sombrero que le tendía un lacayo inmóvil, luego atravesó las altas puertas de doble hoja y entró en su silla pintada de oro para realizar el breve trayecto que le separaba del palacio de St. James. Por una vez, no hizo caso a los peticionarios que rondaban con la esperanza de un momento del tiempo del gran marqués, de una pizca de su poder e influencia dedicada a su causa.

Los portadores de librea alzaron los palos y se pusieron en marcha mientras lacayos armados caminaban a ambos lados.

El marqués de Rothgar una vez más entraba en escena.

Bryght se dio media vuelta, agitado por la rabia y la pura tensión del nerviosismo. Había ocasiones en que le gustaría espetar con sus propias manos a su hermano, si fuera capaz de ello.

Harrogate, Yorkshire

—¡Condenados vuestros ojos! —La condesa de Arradale retrocedió ante la punta del florete que habría puesto en peligro su corazón de no ser porque ésta estaba abotonada y porque llevaba un protector acolchado para el pecho.

El maestro de esgrima se retiró la careta de su rostro nudoso.

—No practicáis lo suficiente, milady.

Diana se quitó su careta, y se la pasó a su atenta doncella.

—¿Y cómo puedo, Carr, si no venís a Arradale para practicar conmigo? —Clara colgó la careta y volvió apresuradamente para desatar las lazadas que sujetaban el peto protector.

William Carr se sacó por la cabeza su propio equipo de protección.

—Sabéis que os adoro, milady, pero no voy a permitir que me absorbáis por completo.

Diana lanzó una mirada al guapo irlandés, con su oscuro pelo rizado y ojos chispeantes. En una o dos ocasiones, había pensado en permitir que coqueteara con ella, pero sabía por instinto que era demasiado peligroso jugar con él. A él también le gustaría, como a la mayoría de hombres, poseerla, su poder y su riqueza, y convertirla en una esposa sumisa.

—Al menos mi tiro no os parecerá inferior —replicó ella mientras se acercaba al espejo y se arreglaba el cabello castaño.

—Pero tampoco os proporciona un rubor tan atractivo en las mejillas, ay.

—¿Qué no? Hace latir mi corazón más deprisa.

—Eso es poder, milady —dijo con una sonrisa breve—. Sois adicta al poder y, sí, os convierte en una hermosa mujer. Pero peligrosa. Muy peligrosa.

Diana le dedicó una mirada dominante, aunque él siempre sabía qué decir. Peligrosa. Le gustaba la idea de ser peligrosa.

El espejo le comunicó que Carr no mentía en cuanto a su aspecto; el ejercicio le encendía las mejillas y hacía que sus ojos brillaran. Qué lástima que todo fuera para nada. Sí, era el tipo de mujer que atraía a los hombres, los atraería incluso sin rango, riqueza y poder. Su tragedia era que el rango, la riqueza y el poder se convertían en un obstáculo a la hora de que ellos se animaran.

Se volvió.

—Vamos, permitidme mostraros lo peligrosa que me he vuelto. Con una pistola no necesito pareja para practicar. A diario.

—Os creo —contestó él, abriéndole la puerta para que entrara en el patio iluminado por el sol—. Os gusta ganar.

—Sí.

—Y aún estáis furiosa con vos misma por fallar aquel disparo el año pasado, pese a que disparabais contra un hombre que no queráis ver muerto.

—Por supuesto que me alegro de no haber matado a lord Brand, Carr, pero no debería haber disparado a lo loco. Fue una debilidad. —Se volvió para mirarle de frente—. Debéis enseñarme a evitar eso. Cómo hacer un disparo seguro en una emergencia.

Habían llegado ante la puerta que daba entrada a la galería de tiro, y él se detuvo.

—Sin duda, ¿y cómo es que sobrevendrá tal emergencia a una gran dama como vos?

—Sucedió en una ocasión —replicó ella—. Si vuelve a suceder, debo estar preparada. Si las circunstancias hubieran sido como yo pensaba, podría haber perdido la vida, ¡y también Rosa! ¿Por qué otro motivo iba a dedicar tanto esfuerzo a esto?

—Por el puro y tremendo reto que representa, lady Arradale.

Ante ese seco comentario, Diana se rió ruidosamente.

—Cierto, me conocéis demasiado bien, Carr. Pero también res-

ponde a que estaré lista para defenderme a mí misma y a los míos si alguna vez se presentase la ocasión. Enseñadme. Enseñadme como si fuera un hombre.

El maestro abrió la puerta con su llave, pero dijo:

—¿Quién os amenaza? Sería un honor matarle por vos.

—Nadie —contestó ella mientras entraba en la larga habitación, cuyos olores persistentes a pólvora y humo despertaron como con un murmullo sus sentidos. Era cierto que amaba el poder de la pistola.

También era cierto que no estaba amenazada; al menos físicamente. Su vida fluía de forma calmada y grata, a excepción de la idea de cierto marqués.

Sacó del estuche sus armas hechas por encargo y se dispuso a prepararlas, algo que siempre hacía ella misma. Mientras vertía la pólvora en el barril de la primera, reconoció que era el marqués quien la había traído hoy aquí. Hacía meses que no había visitado a Carr, pero las noticias de que el Marqués Siniestro iba a viajar pronto al norte la habían traído aquí para pulir sus destrezas.

Mientras envolvía la bala en tela y la introducía con fuerza en el barril, recordó su último encuentro. Había sido a punta de pistola. Le había derrotado, y no era un hombre que olvidara las derrotas.

Dejó la pistola a un lado y empezó con la otra. El encuentro violento no era la única causa del hormigueo de advertencia en sus nervios.

Oh, no —introdujo la siguiente bala a fondo—, era el recuerdo de él, del efecto que tenía sobre ella, que acechaba. El año pasado, cuando él vino al norte y visitó su casa, se habían desafiado constantemente, casi siempre con palabras. El esgrima verbal, no obstante, había derivado en una pugna de coqueteo.

Abrió la cazoleta para meter la fina pólvora, pero se detuvo, pensando.

Una noche inolvidable, él había querido seducirla. No hablaba en serio —era parte de una batalla incesante, la había estado poniendo a prueba—, pero aquel momento estaba consumiendo desde entonces su sentido común y su juicio.

Tras la negativa de ella, el marqués había dicho: «Si alguna vez cambiáis de idea, lady Arradale...».

Aquellas eran las palabras que persistían de día, y la obsesionaban de noche, y eran ya muchos los momentos de desvarío en que había deseado haber aceptado aquella cínica oferta.

Sacudió la cabeza y vertió con cuidado la pólvora en la cazoleta de

cebadura. El marqués no era una amenaza física, no, pero incluso así, durante el último año, había practicado el tiro con pistola con más dedicación que nunca antes.

Ahora practicaba a diario, y había buscado tiempo en su apretada agenda para venir hasta aquí, para ver a Carr. Porque el marqués venía al norte una vez más, regresaba para convulsionar su tierra, y su paz mental.

Cerró la tapa de la cazoleta, luego llenó la de la otra pistola. Seguidamente amartilló el arma, lista para disparar.

—Si alguien me dispara, Carr, yo misma me ocuparé del atacante.

Pero mientras se colocaba frente a las dianas —siluetas poco definidas con un corazón rojo sujeto a cada una de ellas— supo que el proyectil de una pistola, incluso apuntada al corazón, no era suficiente defensa contra la amenaza a la que se enfrentaba.